

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Las Acuarelas de Mark

Publicación del Banco de la República.

Al cumplir cuarenta años de su fundación el Banco de la República ha publicado un precioso volumen con la reproducción de las acuarelas del cónsul británico Eduardo Mark, quien fue agente diplomático de Inglaterra en estas comarcas neogranadinas, hace un siglo. En una época en que la fotografía no se conocía entre nosotros, cuando las distancias entre ciudades y pueblos de la Patria eran salvadas a lomo de mula o en perezosos champanes, aupados por la canción morena de los mulatos en flor, un inglés, sin prisa y sin pausa, se propuso dejar el testimonio de lo que habían visto sus ojos y captado su sensibilidad. Verdaderamente extraordinaria la obra cumplida. Y ejemplar. Porque los tiempos no eran los mejores para esta clase de tareas desinteresadas y hermosas. Noble tributo de cariño a una patria que apenas empezaba a formarse en su crisol étnico. Pero que estaba palpitante en tipos humanos, sitios, paisajes de enternecedora belleza.

Porque al repasar estas acuarelas, sentimos la nostalgia de otros tiempos, de memorias lejanas, de todo aquello que se hundió en el ayer. Pero que se eleva de pronto, por obra y gracia de un fino artista que se propuso eternizar un mundo que tenía ante sus ojos. Por eso mismo este Album encierra muchas y puras esencias patrias. Por lo cual, el señor Gerente del Banco de la República, doctor Arias-Robledo, explica los fines que se propuso el Emisor al publicar este álbum que a todos nos honra por igual. Es la trayectoria vital de un pueblo, su tiempo histórico, el ámbito espiritual de una época en la cual todo parecía detenido, inmerso en la transparencia de costumbres que han saltado rotas en pedazos a medida que la técnica, la velocidad, el mundo moderno todo lo ha invadido. Esencias profundas de los colombianos de ayer. Y también una lección de cómo las generaciones tienen necesariamente una poderosa vinculación entre sí, por lo cual el ayer desemboca en el presente para proyectarse dinámicamente hacia el porvenir. Por eso mismo testimonios de la risueña hermosura de estas acuarelas enseñan, mejor que cualquier texto de historia, la realidad y presencia de un ayer lejano, pero que estuvo también

habitado por colombianos generosos, con sentido de su deber, creadores de una nación en la cual pusieron todo su amor y el ejercicio honesto de su actividad humana.

Tipos humanos de rasgos acabados; rinconcitos dulces y soñadores; costumbres que le dieron rica plasticidad a la vida y dolor, altura y tono al folclor colombiano; ingenuas reminiscencias del ayer; todo está en este libro que tiene el valor de un documento humano en el más estricto sentido del vocablo. El Banco de la República, cumple así, una tarea docente y trascendente.

Tomás Rueda Vargas

Escritos.—Editorial Antares. Bogotá.

Don Tomás Rueda Vargas es, sin duda alguna, una señera figura de las letras colombianas. En ellas campea su prosa con rigor, justeza y calidad. Pero no solamente en el panorama colombiano tiene valor su creación literaria. En el más exigente marco de una cultura, tomada esta como forma de vida y dignidad de un espíritu, tendrían estos Escritos la misma vigencia. Y parejo entusiasmo despertarian. Porque Rueda Vargas es uno de esos prosistas egregios que, una vez leídos, nos dejan la impresión perfecta de la claridad, la mesura, el método. Todo en sus escritos es ordenado, limpio de escorias, cernido. El grano lírico, cae, hondo, en el cedazo que cierne y avienta lo inútil. Porque este escritor nunca tomó la pluma para trazar cuartillas como mero entretenimiento. Porque entendía que cuando nada tenemos que decir nuestro deber es callarnos. Con un silencio que debe ser ocio creativo y formativo.

De ahí que sus temas sean siempre ricos en admoniciones, en iluminaciones y presencias. Trae hasta sus trojes el mejor grano y entiende que un escritor no puede ser un manipulador de ilusiones, un buhonero de palabras, sino un hombre auténtico. Y que cuando escriba, encontremos, detrás de las palabras, una cálida respiración, una lucha, un mensaje. No escribir entumecidos, uniendo palabras como quien juega a los solitarios. Y como observó siempre esas reglas y se preocupó por la densidad conceptual y por la belleza formal, resulta así que su obra resiste el ácido del tiempo. Además, don Tomás era varón para encararse con los problemas de su tiempo. Decía su verdad con sinceridad desgarrada, pero sin mucho patetismo. Consideraba que el grito, el período barroco, la contorsión no caben dentro de la verdadera vida intelectual. Prefería diluir ciertos tonos dentro de un fino humorismo, tan leve que apenas puede gozarlo quien sienta la fruición de su prosa una de las más ricas, plásticas, hermosas que se hayan producido dentro de la selva de nuestras letras en las cuales tenemos desde el roble centenario, hasta el bejuco táctil. Cuestión de gustos dirán algunos.

Releer la obra de don Tomás Rueda Vargas es acercarse a los labios el milagro de un agua pura, transparente y delgada. Nada de elucubraciones científicas, de giros desusados, de enrevesada lexicografía. Aquí

todo tiene gracia y ritmo interior. Y naturalmente Sol de Castilla que descende hasta la base de todo el santuario literario. Porque este hidalgo mantuvo un trato activo, fecundo y reflexivo con los clásicos españoles. Es verdad que los temas son suyos y su enfocamiento personalísimo. Pero no puede desconocerse el necesario influjo que en todo gran escritor americano, ha tenido la cultura de España en sus valores eternos. La palabra, entera y recia, viene embridada por la cogitación hispana, con sus reverberaciones ocres, sus letras cargadas de humanidad, su trascendencia.

Y esto no tiene nada de extraordinario, ya que don Tomás tenía que enfrentarse a un pueblo nacido de la caliente entraña de Iberia y que, en sus mejores esencias, está teñido de la peripecia de la nación madre y nunciadora.

Ejemplar tarea la que cumplió este varón colombiano. Tuvo un concepto acendrado de la patria y por ella libró sus mejores batallas. Hoy su nombre lo convocamos quienes vemos cómo empiezan a naufragar tantos valores históricos que juzgábamos eternos. Pero es que sobre el país se ciernen amenazas que este varón de letras y decires no conoció en su tiempo. Cuando cierta ideología internacional cuarteja las mentes y destruye la simbología de Colombia, el Panteón de Héroe, el orgullo y la dignidad de sabernos dueños de un destino y su peripecia.

De todas formas, acercarse a la fuente literaria de don Tomás eleva el espíritu. Porque la suya fue una tarea adoctrinadora, sin constituirse en un cartel de propaganda ideológica. Sencillamente decía su verdad, aquella que, en cierta medida, forma parte del patrimonio de todas las generaciones.

Y leer a este escritor insobornable constituye un placer espiritual. Agua serenada en la alcarraza. Limpios trojes. Parva materia. Luz de su trópico atemperada por su meditación castiza. Períodos redondos, totales, pulidos como guijas en el arroyo. Densidad del pensamiento. Nada de patrioterismo cantando. Suave penumbra refrescante, "donde la sombra es más sombra" para usar la expresión de Gabriel Miró. Y nos viene ancha y en ondulaciones de colina castellana, este estilo de una fina arquitectura que se sostiene en pie por el hechizo de una estética varonil, honda da raíces eternas y rica en verdadera siembra. El caballero intachable pasa con su pluma enredado en ella el vivo paisaje de estas sabanas depiladas. Paso a su imperial estilo.

Silvio Villegas

Obra Literaria.—Talleres Bedout. Medellín.

Ediciones Togilber han lanzado en un magnífico volumen, bellamente editado en los Talleres Bedout, la Obra Literaria de Silvio Villegas. El caso suyo es de una impresionante fidelidad a los problemas que comporta la literatura. Porque el gran escritor colombiano, más allá de nuestros precarios presupuestos políticos, tan deleznable en mayor medida cada

día —tiempo de desvalorizaciones y rectificaciones—, no ha dejado un solo minuto de entenderse con la literatura como con una mujer providente. Silvio Villegas está impregnado de esta dulce materia inflamable hasta la medula de los huesos. Es su fondo y trasfondo. Su inquietud y su permanencia. Vive por ella, pero también la tiene como función orgánica, manadero hondo de dulzura.

Devoto y esteta. Refinado y elegante. Lo hemos visto salir de esos infiernos donde se queman tantas materias preciosas, como un hechizado. Porque la literatura para él no es un mero ejercicio calisténico o un viaje a flor de piel de turista exigente. Es medida y densidad. Arpa y cita. Muro y ciprés. Rosa y poema. Pueden pasar sobre la república todos los dramas inherentes a un pueblo que sale del subdesarrollo. Convocar al desastre nacional algún político de tipo marxista-leninista. Silvio Villegas no desampara la torre de la belleza literaria. Por eso mismo ha logrado plasmar una obra que tiene colorido y riqueza, temperatura y gracia. Nada ha dejado a los beocios. Ni a los intransigentes. Para él escribir bien, hermostear y redondear períodos, constituye un alto y puro ejercicio. Por eso mismo, mientras se hunden bajo paletadas de olvido, tantos politiqueros segundones, Silvio Villegas transita aquellas comarcas tan dulces a los dioses, por donde se pasea un hombre solitario agitando un gajo de mirto.

Y tarea difícil la suya. Porque los tiempos son, como decía Splenger, "amargos, duros y sin felicidad". Hoy dedicarse a las bellas letras es tarea de romanos. Porque nos ha invadido la aceitosa ola de un crudo materialismo. Postrados ante el becerro de oro, mientras Moisés asciende al Monte Sinaí por las tablas del Decálogo. Nadie quiere saber nada de una tarea que exige paciencia, sensibilidad, estudio, interpretación y que no se traduce de inmediato en doblones. Por eso mismo la literatura como la entiende este gran escritor colombiano, constituye un sacerdocio. De asepsia moral y de penacho. Nada de terreras visiones del mundo, de vuelo corto de urraca. Planear en el infinito, buscar en él aquellas puras armonías que no pertenecen a la común esfera de nuestra vida. Crear y Creer. Mirar y merecer. Sembrar y recolectar. Cosecha y ejemplo.

Volver a internarnos hoy, cuando ya escribimos la biografía de la primera cana, por "Ejercicios Espirituales", es como tomarle el pulso a una época de nuestra adolescencia. Cuando Silvio Villegas y cuatro colombianos más, todos ellos ejemplares, viajaban por el continente de los libros y nos traían su meditación, el pez irisado que lograron obtener después de un viaje milagroso. Porque esas páginas de "Ejercicios Espirituales" tienen la diafanidad de una mañana en los primeros tiempos del mundo. Formas, sentimientos, pasiones, recreaciones, lazos comunicantes, estética intelectual en suma. Y allí Silvio deja correr su prosa cognitiva, su sensibilidad alerta, su cristalina concepción de los fenómenos culturales. Y su "Canción del Caminante", hermoso tratado de estética. Doncellas que suspiran por una remota primavera. Amor en varios grados, renunciamiento, recuerdo, memorias de otras presencias que nos turbaron y deleitaron, ingravidas criaturas vestidas apenas de su respiración.

Porque esa virtud de enseñarnos estados del alma es la atmósfera vital de "La Canción del Caminante". La arquitectura lírica parece soste-

nerse en una catedral de nubes. Nada dejó el artista a esos elementos pesados, encadenados, que rompen la música interior de una sentencia, de un armonioso pensamiento. El material literario está finamente cernido y se vuelve gozo de la espuma en el arroyo o juego de la luz sobre el terciopelo, hondo de las flores.

Y pensar que este exigente estilista, ha escrito, además cerca de cuarenta mil editoriales políticos, donde no todo puede ser elemento intelectual, ya que nuestra vida cotidiana tiene tanto de oscuro prosaísmo. Que si Silvio Villegas hubiese dedicado su actividad únicamente a escribir sobre temas de aquellos que tienen levadura de eternidad, sería hoy un adoctrinador, un maestro en el mejor sentido docente del vocablo. Ya que darnos belleza y entregarnos la vida como esfuerzo lírico, nos liberta de tanta concupiscencia terrenal.

La Obra Literaria de Silvio Villegas, es, sin duda, un acontecimiento de primer orden en el mundo de nuestras letras. Y todo lo que él significa como vida consagrada a un culto intemporal, lejos de Bizancio, de las alforjas de Sancho y del sentido común. Un ejemplo viviente de dignidad intelectual que honra a la patria en el esfuerzo creador y perdurable de la inteligencia como vocación viva y radiante.

Academia de Historia de Santander

Revista Estudio.—Bucaramanga. Colombia.

Hemos recibido la Revista Estudio, órgano de la Academia de Historia de Santander. Con este número el 266, llega la publicación aludida a sus treinta y dos años de vida. De buena vida intelectual en el mejor sentido del vocablo. Porque la Academia de Historia de Santander y esta su publicación esmerada, cumplen una tarea ejemplar para las letras colombianas. Ya que todos sabemos lo que Colombia debe al esfuerzo insomne de quienes se han vinculado en largos y fructíferos años, a la labor que cumple aquella Academia consagrada con patriótica devoción a mantener el culto de nuestros héroes en un tiempo en el cual el materialismo voraz todo lo ha convertido en valores bursátiles y en tarea de Sancho.

Estudio es una revista seria, sin vanos alardes publicitarios. Lo que es preciso buscar en ella, no son los colores, la riqueza de las fotografías, los despliegues tipográficos. No. Es el pensamiento, el esfuerzo intelectual de un grupo de santandereanos esclarecidos que trabajan por dignificar a Santander con una siembra cuyos dorados frutos recogeremos todos los colombianos.

El actual presidente de la Academia, doctor Roberto Harker Valdívieso y sus colegas se han impuesto una noble labor que solo merece el público agradecimiento. Ellos son los gonfaloneros de una obra que dignifica el espíritu. Por eso dice muy lógicamente el doctor Joaquín Fonrodona Suárez en el editorial de este número de Estudio: "La gloria de la Academia de Historia debe conservarse intacta como la soñaron sus fun-

dadores, y su órgano de publicidad "Estudio" donde se transcriben las causas próximas y remotas de los hechos que componen nuestra emancipación, debe ser el trasunto de la verdad como la libertad y la cultura son las supremas razones de la grandeza de Colombia".

Es la verdad acotada por los hechos creadores de la Academia.

Jose Arturo Penagos, F. S. C.

La Educación en la Biblia.

El doctísimo religioso José Arturo Penagos ha escrito un bello libro acerca de un tema apasionante. Todo lo que diga relación con la Biblia adquiere una suma importancia. "El libro de libros", sigue siendo un fanal, una meta orientadora y esclarecedora. Por eso mismo quien lee cotidianamente la Biblia enriquece su personalidad en grado superlativo. Tanto por la belleza literaria como por la hondura de sus pensamientos donde se puede hallar el esfuerzo milenar de una cultura asistida por Dios. Leamos los conceptos que monseñor Juan Crisóstomo García, docto en la materia, estampa al referirse a este libro:

"Al estudiar la condición en que se hallaba la niñez en el Antiguo Testamento, el autor empieza por colocar al ser humano en el puesto que le corresponde como racional a pesar del medio material en que vive. Ahonda luego en el problema del mal y en la retribución temporánea o eterna de los actos humanos. Todo ello sirve de preámbulo para examinar la Biblia por el aspecto educativo, el cual ofrece valiosas enseñanzas y se presta a comparaciones con la cultura egipcia o con la griega o la romana.

"En el curso de sus investigaciones el profesor lasallista nos demuestra que el pueblo hebreo poseyó no escasa cultura, basada en la enseñanza moral y religiosa. Con sagacidad que hubiera merecido elogios de un Brehier, no menos que de Lavisse y Fustel de Coulanges, el hijo de La Salle utiliza el acopio documental del Libro Sagrado, para sus comentarios e interpretaciones; de manera que su memoria es el resultado de una pesquisa que muy pocos profesores han emprendido remontándose hasta el principio y fundamento de la educación, que no puede ser otro sino el orden moral".

Anotaciones estas ceñidas a la realidad. Porque el Hermano Penagos ha hecho un viaje de circunvalación por diferentes estamentos de la cultura universal, comparando civilizaciones, religiones, mitos, para darnos la verdad resplandeciente de la Biblia como el documento más extraordinario que puede tener a mano el género humano en el camino de su propio perfeccionamiento. Investigación erudita y amena; estilo transparente y fluído; responsabilidad en los conceptos que manan de la pluma de un católico ardiente y convencido. Todo esto se agrupa en esta obra que, además, es una lectura fértil y estimulante.

Los Dominicos y la Villa de Leyva.

Docto y documentado libro este en el cual Fray Alberto E. Ariza O. P. narra, en prosa sin concesiones a la retórica, la profunda vinculación de la batalladora comunidad dominicana con Villa de Leyva. No se trata de páginas líricas, de endechas o elegías. Pudiéramos decir que es algo más sustancioso. Una historia de servicio, peregrinaje, esperanza. Y la misma, deshecha, aventada como trigo seco. Porque Villa de Leyva que debiera ser uno de los grandes santuarios nacionales, lugar de cita de muchos afluentes de la historia colombiana, agoniza obscuramente en la misma forma en que murió en ella, el precursor don Antonio Nariño.

El Padre Ariza no se va por las ramas. Establece, con un copioso documental verídico, lo que hizo la comunidad de la cual es alto representante, por dotar a Villa de Leyva de todo lo que se necesitaba para hacer de la villa un lugar preferido de la inteligencia, la cultura, la mística, el sacerdocio, en fin, todo lo que atañe al espíritu. Pero nunca logró levantarse y brillar, como lo anota el prologuista, Carlos López Narváez. Un signo adverso tuvo siempre en torno suyo. Clima suave, benigno, de una dulce transparencia, campesinos honrados "que levantan con más trabajo una palabra que una azada", todo convidaba a la paz, al progreso, a la floración de los mejores frutos de la inteligencia. Y se perdió esa cosecha de sueños, que fueron desgajándose, uno a uno, cayendo como frutos que no maduraron. La Villa de Venero de Leyva, es apenas un sitio de remembranza, curiosidad para algún turista, paisaje calmo y detenido, silencio, abandono y ceniza.

Valientemente defiende el Padre Ariza una obra que si no llenó su propósito orgánico, tiene la belleza de todo lo que tiene romanticismo, delirante quijotismo, amor por sitios y empresas, que, en definitiva, son los que colman una vida bella o una sociedad de hijos de Dios que piensan en los destinos intemporales.

Helcias Martán Góngora

Encadenado a las Palabras. Poemas.—Ediciones Medusa. Bogotá.

"Voy tras de tí, oh palabra! sumergida en la luz", anuncia el poeta. Y continúa su viaje lírico, un poco sonámbulo, por esos mundos donde él abre su estuche mágico de palabras. Irremediablemente condenado a buscarlas. Y las halla y en qué abundancia! Acaso existe en esta poesía demasiada concesión a la música tentadora de los vocablos. Lo obsede la belleza formal. Nosotros le sugeriríamos al poeta que se liberte un poco del lenguaje tomado como reminiscencia barroca y delirante. Porque Martán Góngora es un poeta de verdad. Ha nacido para expresarse por imágenes. Pero en esa facilidad reside, a nuestro juicio, el peligro. Caso se-

mejante al de Rojas Herazo. Porque es tan grande el torrente verbal que la poesía o sea el profundo dolor y la relación entre las cosas, y la desolada presencia, quedan sumergidas bajo el hallazgo verbal.

Ahora andan los poetas de todos los meridianos en una tarea de poda. Es el Invierno. Necesariamente tiene que llegar, como una fértil Siberia anuncia en nuestras cabelleras el fin del verano con sus jocundas bocas, sus locuras y sus formas ardientes. Y es necesario dejar que los sentimientos se asomen casi, casi con la dureza del hueso o de la piedra. Cegar mucha belleza para que la poesía gane en densidad y en memoria del tiempo.

Son muchos y complejos los dramas que punzan la meditación de la humanidad en este tiempo en desvelo, que la poesía tiene que regresar a una simplicidad que la haga adorable. Pero acaso no hemos convenido que la desnudez auténtica es la inocencia? Ya no se puede trabajar el poema como un manto recamado, alucinante de pedrería. Mejor que se presente como tiene que darse para nuestra desolación contemporánea, en un tiempo de crisis, de dispersión y muerte de muchos valores que consideramos eternos.

Y Martán Góngora está en condiciones de cumplir ese sacerdocio. Porque debajo de la piel palpitante de las palabras, hallamos al poeta que descubre el amor, el olvido, la gracia, la mujer, el recuerdo y los convierte en imagen, en pura transparencia lírica.

Con decoro y entusiasmo de hondero, sigue Martán Góngora su tarea lírica. Y así ha dado a la publicidad ocho libros de poemas que comprometen la gratitud colombiana hacia su arte. Y que naturalmente irá madurando, haciéndose más claro cada día, ahilándose en una fina música, despojándose de palabras para hacerse más nuestro, más sufriente, y, por ende, más auténtico.

Leamos dos poemas de Encadenado a las Palabras, libro que acaba de publicar el eminente lírico colombiano:

LA ESCLAVA

*Su misión es talar todos los árboles,
decapitar palomas
trocar en luto
el color de la aurora.*

*Su tarea es cegar todas las fuentes,
segar todas las rosas,
hacer girar en el abismo
la eterna noria.*

*Muda esclava interior,
imagen de las sombras,
su destino es morir,
morir en cada hora.*

NUEVA SOLEDAD

*Descendí al valle en busca de la luz
emigrante en el círculo del alba.
Fui a encontrar en el agua la noticia
de las nubes remotas de mi infancia.
Yo estaba en la montaña constelada
desde el hondo final de la esperanza
anclado como un árbol sobre el tiempo,
en mi crucifixión de hojas y ramas,
en tanto que la niebla de los días
repetía palabras de nostalgia.*

*Descendí al valle en busca de la hoguera
como quien va al encuentro de su alma,
desbocado en el río del silencio,
jinete de una estrella imaginaria.
En el sueño la rosa de los vientos
cedió a mi oscura tempestad humana
y cada espina de la noche antigua
bebió en la sangre su infinita savia.
Pero en su copa elemental, mi espíritu
sació la sed de todas las distancias.*

*Descendí al valle en busca de la llama
de las gentes que habitan la comarca
y la pueblan de músicas gozosas,
como en una colmena de guitarras,
entre el aire floral de las mujeres
y los niños trenzados en la danza,
y solo hallé mi soledad dispersa
en torno al que suspira y al que canta.
Hoy, que retorno a la inicial colina
la soledad de todos me acompaña.*